

DIRECTOR,
D. NICOLÁS FORT Y ROLDAN.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Tres meses en Madrid,.... 4 rs.
Trimestre en provincias,.... 5 »
Se publica los dias 5, 15 y 25
de cada mes.

LA VELADA.

PERIÓDICO LITERARIO.

ADMINISTRADOR,
D. ENRIQUE SAN MARTIN.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Redaccion, S. Lorenzo, 17, 4.º
Administracion, Humilladero,
núm. 3, principal.—Libreria
de S. Martin, Puerta del Sol.

AÑO II.

Madrid 15 de Febrero de 1873.

NÚM. 8.º

A NUESTROS SUSCRITORES.

Tres meses hace que ha aparecido en Madrid el primer número de la LA VELADA; tres meses hace que vengo cumpliendo un programa cuya síntesis se resumía en unos párrafos bien cortos: he empezado solo y solo he llegado hasta aquí.

Movíome á publicar este periódico la falta, según creía, de una revista literaria que fuese al mismo tiempo el amigo familiar de nuestros hogares. Sin embargo, otros literatos me habían precedido: con las mismas tendencias venia publicándose desde el mes de Octubre una revista quincenal de mayor importancia que la mia.

En los tiempos por que atravesamos, dos ideas que marchan á un mismo fin no pueden ménos de encontrarse en el camino. Entonces se unen y no vuelven á separarse hasta el momento del triunfo: hé aquí lo que ha sucedido con las mencionadas publicaciones.

La Lira Española y LA VELADA se refunden desde el presente número en un lazo comun, conservándose como más antigua la primera.

Confío en que los suscritores á mi periódico aceptarán esta transaccion como beneficiosa para todos. Si antes me han prestado su apoyo, aun comprendiendo el aislamiento en que me hallaba, ¡con cuánta más razon debo esperarlo ahora, cuando estoy acompañado de tan buenos amigos!

Es verdad que hay una pequeña diferencia en las condiciones de la publicacion; pero está compensada—puede verse en el anuncio de la cuarta plana—con las dimensiones de *La Lira*.

Faltaria á un deber de gratitud si no la demostrara á mis amigos particulares, compañeros de oficina y cuantas personas ilustradas se han interesado por mi publicacion, entre las cuales he tenido el honor de contar los Sres. Hartzenbusch, Perez Eserich y Manuel del Palacio. He sufrido algunos desengaños, debo confesarlo, de aquellos tal vez en quienes más confiaba; pero nunca olvidaré las atenciones de que he sido objeto cuando empezaba á publicar mis impresiones.

NICOLÁS FORT Y ROLDAN.

LA PESGA NOCTURNA.

(Véase el número 7.)

XII.

Hacia bastante tiempo que guardábamos el silencio más absoluto.

Uno de los marineros, tendido á lo largo de la nave, con la cabeza pendiente sobre al agua, gozaba con voluptuosidad aquellas emanaciones marinas que le aletargaban lentamente en su crítica posicion.

El otro compañero, sentado frente de mí, el codo en el remo y la mano en la barba, examinaba cuidadosamente el estado de las redes. Con la pipa en la boca, que pasaba y repasaba de derecha á izquierda, no hacia otro movimiento que el atusar el bigote con el revés de la mano, ni tenia más ocupacion que la aspiracion continua de aquel maldito rapé. Cuando el humo no llegaba á su garganta, vaciaba la ceniza en la palma de la diestra, la arrojaba indolentemente al Océano, sacaba más tabaco de sus bolsillos, lo amasaba en la mano salivando para que pudiera ablandarse, llenaba la pipa, echaba yescas y volvía á chupar y rechupar, y tornaba á convertir sus narices en una chimenea de vapor.

En cuanto á mí, ya lo he dicho; tenia sueño. La cabeza no estaba nunca tranquila en su gravedad vertical: á lo mejor se unian mis párpados, inclinaba la cabeza poco á poco, concluía por caer rápidamente sobre el pecho, me estremecía, abría desmesuradamente los ojos y procuraba sostenerme contra la infame somnolencia. Pero el sueño era más fuerte que yo, y rodeaba con sus brazos mi garganta, y respiraba su aliento, y me besaba las pestañas, inclinándomelas con ese lánguido cuidado de una madre que arrulla dulcemente á su pequeño.

XIII.

Tres cuartos de hora habrian pasado desde mi estancia en la barca, cuando empezaron á recogerse los primeros productos de la pesca. Mis compañeros, saliendo de su apatía, tiraron lentamente de las redes de uno y otro costado, plegándolas en los banquillos de la nave: el cáñamo goteaba al salir de las aguas, y su peso habia aumentado de una manera satisfactoria para mis buenos amigos. Volvieron entonces á tomar asiento, y se entretuvieron en desprender los pescados de sus tramas, amontonándolos en las cestas de mimbres arrojadas en el fondo de la nave.

Entonces volvió á reinar la animacion. Sumergiéronse nuevamente los remos, cuidé de la barca, y siguiendo las indicaciones de los pescadores, nos dirigimos á tierra para recoger las redes colocadas en las grietas de algunos peñascos, durante mi excursion por los rompientes. Mis buenos camaradas habian elegido para este desempeño esas rocas entreabiertas que se unen á uno ó dos metros por encima de la superficie del agua, y que

dejaban muchas veces un estrecho por donde podía deslizarse nuestra modesta barquilla; las redes, como más antiguas en colocación, ofrecían mayores recompensas.

Los cestones se llenaron con una pasmosa celeridad. Los animales, al salir de su elemento, se retorcián desesperadamente, saltaban del depósito y se escurrían por todas partes, formando un ruido particular en el tablazon de la barca. Las rayas y rodaballos caían de uno en otro costado, como puede caer una tabla redonda en un agua tranquila; las anguilas y sus congéneres las agujas se retorcián del mismo modo que culebras, presentando á los rayos de la luna su dorso blanco ó ligeramente violado; las merluzas y el abadejo coleaban y meneaban sus cabezas, y las sardinas movían el cesto, temerosas de su método de vida y el vecindario á que estaban reducidas.

Recogimos también una buena cantidad de mariscos, en particular de almejas, y un corto número de langostas. Estremecía, en verdad, el roce de sus largas patas al correr de uno á otro lado: mordían y querían destrozarlo todo. Los marineros las cogían de la manera más natural y arrancaban sus patas privándolos de sus medios de defensa. La langosta es un animal de una fuerza superior á los demás crustáceos: hay que matarla por medio de hachazos, y si la dejais libre un solo momento, es capaz de correr por toda la casa y armar un estrépito terrible. Viven mucho tiempo fuera del agua, y por esta razón pueden recorrer sin morir las mayores distancias; por lo demás, en los puertos de mar casi todos los pescados se compran aleteando todavía.

XIV.

Nuestra expedición había obtenido, como se vé, el más lisonjero éxito: un mucho de la naturaleza y un poco del trabajo personal, satisfacen la mayor parte de las veces las esperanzas del hombre. Si todos los seres tuvieran la libertad de escoger, los desgraciados compondrían la raza excepcional de la sociedad.

Eran las altas horas de la noche. La luna se alejaba en el horizonte, y por el lado de tierra empezaban á bosquejarse los primeros tintes de la mañana. El mar, tranquilo hasta entonces, parecía despertar de su letargo, comprendiendo tal vez la proximidad del astro del día.

Nada teníamos que esperar por aquellos lugares, y antes de hacerse más sensible el reflujo, viramos en redondo y nos dirigimos á la playa. La barca con mayor peso que el ordinario; la ola que se alejaba de tierra; el cansancio que nos dominaba, todo retrasaba la vuelta de la pobre navicilla. Si no fuera por los peñascos que se alejaban, por la estela que se formaba al paso de nues-

tra quilla, hubiérase creído que siempre permanecíamos en el mismo sitio: la superficie cubría la línea de flotación y no percibíamos el más pequeño movimiento.

Al cabo de algunos minutos entramos en la ría. Las costas se abrieron ante nosotros, dejando en medio mil isletas habitadas por una población importantísima de pescadores: cada rotura en las orillas guardaba una barquilla; cada roca en el interior velaba una cabaña.

Empezábase á notar los primeros síntomas de vida; alguna luz á lo lejos, algunos maderos por el mar, algunos pájaros terrestres que presentían la venida de la aurora. La luna había desaparecido de nuestra vista detrás de la cordillera, y estábamos envueltos en una media oscuridad. Las estrellas centelleaban por millares, el espacio se teñía por Oriente de un color blanquetino; las olas despedían reflejos luminosos. Hablábamos de las utilidades de la pesca ó guardábamos silencio por ratos desiguales.

Entretanto la barca se acercaba á la costa: distinguimos primero la roca, tantas veces bendita por mis rudos compañeros, y después dibujábase la montaña en la masa confusa que se extendía en la costa.

Al cabo de unos minutos doblamos una lengüeta de tierra, y no puedo describir la satisfacción de mis amigotes al distinguir una luz triste, dulce, que brillaba en el interior de su choza. Allí estaban las mujeres que esperaban la llegada, los niños que dormían en las pajas, el hogar tranquilo, el mundo entero de aquellas buenas gentes.

Los remos se dejaban caer; la barca corría por sí sola al fondo del abrigo. Nos deslizamos hasta la playa, donde quedó varada: uno de los marinos saltó á tierra, la empujó hácia el mar y me ayudó á desembarcar. Después cargaron cada cual con su canasto, llegaron á la vivienda, llamaron, corrieron á abrirles sus esposas, condujeron á tierra el resto de la pesca y me obligaron á aceptar un precioso cuartito que me habían destinado.

Antes de echarme á dormir, cené algunos arenques asados en parrillas y colocados en pedazos de pan moreno, examinaron mi brazo, que presentaba sólo una mancha amoratada, y me dejaron en el aposento, deseándome toda clase de felicidades. Me desnudé y tendí en el catre, colocado debajo de una ventana.

Al principio escuché las voces de los pescadores disimuladas para no despertar á sus niños ni á su huésped, y después fué apagándose el ruido por momentos hasta acabar de extinguirse. Hubiera querido gozar el nacimiento del día: la luz se filtraba suavemente por las capas del aire; pero estaba cansado y me abandoné á la necesidad.

Recuerdo que al poco rato desperté por un rayo de sol que iluminaba mi frente, y aunque con disgusto, me levanté, cerré la contraventana y volví á recobrar el sueño del bienaventurado.

Dos palabras para terminar.

La narracion que precede es todo una novela: no hemos hecho todavía un viaje por agua en las circunstancias que preceden.

He nacido, sin embargo, á orilla del mar y le quiero con un cariño que aumenta la distancia. Hubiera deseado pasar mi vida entera cruzándole en todas direcciones: la suerte me ha llevado á lugares muy distantes, pero conservo siempre una grata impresion de mis primeros años.

El mar es el espejo del espacio, y por eso es lo más grandioso de este mundo; se siente al recorrerle una pasión por lo infinito, pero no puede menos de inclinarse ante la misma grandiosidad.

No se vé el Océano sin experimentar una impresion extraña, un consuelo y una congoja. El hombre religioso eleva entonces sus preces á Dios; el hombre materialista vacila y no puede reposarse por un momento.

Por eso tal vez los marinos simbolizan aún en nuestro país, eminentemente sério, la gravedad y la benevolencia.

Acaso me equivoque en estas apreciaciones, que no puede ser justo quien guarda un afeeto en su pecho; si lo creéis así, trataré de demostraros lo contrario cuando vuelva á mi querido país y á mi puerto retirado.

LA POBRE COJA.

No sé quien es: tan solo hace un momento que la he visto pasar,
y yo no sé cuál fué mi sentimiento al verla cojear.
Y no vi si era grande su hermosura ni su mirada ví,
que por otra afeccion más tierna y pura, de amor me conmoví.
Otra, hermana tal vez, la acompañaba de la infelice en pós,
y una idea muy triste me apenaba al mirar á las dos.
La hermana, en su agraciada gentileza, pasaba sin sentir;
la otra inclinaba al suelo la cabeza, quizás por el sufrir.

— «Pobre niña, infeliz! muy quedo dije, en mi dulce inquietud: qué mal tan grande sin razon affige tu hermosa juventud. Cuando veas moverse á todo el mundo gozando en rededor, ¡ha de ser en tus labios tan profundo el beso del dolor! Allí, en las noches lentas del invierno, querrás tal vez gozar, y sentirás el duelo del infierno sin poderte agitar. Y al tender por la sala tu mirada, verás tanta ilusion,

mientras te dejan triste, abandonada, tendida en un sillón.
Y hallarás que otras niñas, delirantes, piensan solo en correr, y oyéndose citar por sus amantes de amor enrojecer.
Y entre luces, y música, y ruido, y reir y cantar, quedar tú sola en este yerto olvido que tanto hace penar.
Luego vendrá la tibia primavera y el bello mes de Abril, y mostrará sus galas la pradera, sus flores el pensil.
Irás allí á gozar la brisa pura, tus amigas irán, y locos como siempre en su ventura los campos correrán.
Y tras de mil alegres carcajadas cansadas de jugar, empezarán riendo, entre enramadas sus cuitas á contar.
Y tú, postrada en el florido suelo será solo tu amor el oír susurrar el arroyuelo, piar al ruiseñor.

¡Cuántas largas vigiliass en tu lecho te comprendo sufrir, escuchando, en las sombras, de tu pecho el continuo latir!
Y sola así llorando ¡qué de ensueños la mente forjará!
¡qué ilusiones verás! ¡cuántos empeños tu delirio creará!
Oír, creer oír como te llama muy ténue, en su emocion, esa voz misteriosa de quien ama con la primer pasión.
Oír, creer oír el dulce acento que apenas puede hablar, escuchar de su boca un juramento, sentirlo palpar.
Percibir su lamento siempre leve, enloquecerse así, sentir que bajo nuestro labio mueve algun ardiente sí.
Acercarse la frente á quien suspira, latir el corazón...
y despertar y ver que eso es mentira, que todo ello es ficcion.
¡Oh, qué dolor debe sentir tu pecho sufriendo la verdad, hallarte abandonada en aquel lecho en tanta soledad!
Comprender que la voz dulce, indecisa, trémula de pasión, es el pliegue infinito de la brisa que muere en tu balcon.
Que aquella luz más pura que ninguna que alumbra tu ideal será tan solo el rayo de la luna muriendo en un cristal.
Que aquel latir de un pecho enamorado que en sueños te agitó, es tal vez el rumor acompasado de un cercano reloj.
Y que todo aquel sueño es una idea, una idea y no mas, y que el frio silencio te rodea y sola y triste estás...

¡Pobre niña! Cuán duro es el destino que empiezas á seguir, sin conocer el mundo es tu camino la senda del sufrir.
Por eso, sí, por eso esta mañana te he visto yo pasar, y al alejarte luego con tu hermana senti un nuevo pesar.
Y abatido quedé de tal manera que solo repetí:
«Sigue también mi nueva compañera la senda que emprendí.»

Así me dije yo: quedéme mudo,
y la infeliz paso,
y el alma palpitó como un saludo
que nadie percibió.
Quise buscar en torno algún consuelo
y nada distinguí,
y aumentóse en mi alma el triste duelo
y oprimido gemí.
Luego después aquel pesar profundo
apagándose fué;
volví de nuevo la mirada al mundo
y por otros dolores le olvidé.

TU DULCE AMOR.

¿Ves la rosa gentil cuya hermosura
admira sin cesar naturaleza,
que destaca entre todas su belleza
esparciendo su aroma embriagador?
¿Sabes á quien le debe su existencia?
¿Sabes por qué es tan bella, Laura mía?
Porque el rocío da tal lozanía,
tan galana esbeltez y tal candor.
Yo soy también, cual las tempranas flores;
soy joven vivo lleno de ilusión,
corro tras la fantástica pasión
y sueño con un cielo encantador.
Mas mi vida será muy pasajera,
si vida no me das, ídolo mío,
dándome tu benéfico rocío;
que tal es para mí tu dulce amor.

Carlos Vieyra de Abreu.

Sabiendo que su precio es dos reales y está impreso por Rivadeneira, creemos compendiarlo todo; pues los artículos que nos ocupan se conocen desde veinte años hace.

PENSAMIENTOS.

El que reflexiona—dicen algunos—se aísla completamente de los demás seres. Nó, no es verdad; jamás está el hombre más cerca de sus semejantes que cuando piensa y deduce, porque sus ideas van siempre á observar las flaquezas de la sociedad en que ha vivido.

Un suspiro es el consuelo de un pecho oprimido; una lágrima el alivio de un cerebro agitado.

El corazón es como la superficie del lago, dulce y tranquila. Cuando una tempestad lo conmueve la superficie se enturbia, se agitan las fibras; mas luego queda con su apariencia apacible y melancólica. ¡Oh! Haced lo posible para no remover el agua de la laguna, ni el interior del corazón: si los conmovéis, perderán poco á poco su belleza.

Puse la mano sobre su corazón y lo encontré palpitante: la familia le saludaba, rozosa de volverle á ver; puse la mano en su corazón y lo encontré más apagado: la familia le miraba amorosa pero dulcemente; puse la mano sobre su corazón y lo encontré silencioso: la familia se desesperaba viendo extinguida su vida. Y dije yo para mí: ¿porqué llora la familia, si está mas que nunca tranquilo el corazón?

Soluciones á las charadas del número anterior:

Caballero.—Zamora.

SECCION GENERAL.

La Biblioteca Universal ha publicado en su cuarto tomo los *Estudios sobre la edad media*, de Francisco Pi y Margall.

MADRID.

IMPRESA DE LA ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR,
Calle del Colmillo, número 8.

LA LIRA ESPAÑOLA.

DIRECTOR PROPIETARIO, D. CARLOS VIEYRA DE ABREU.
REVISTA LITERARIA.

Redactada por los Sres. Vieyra de Abreu (D. Carlos), Belmonte, Muller, (D. Guillermo), Sanchez de Arllano y Pesquera (D. Miguel), Fort y Roldan (D. Nicolás), con la colaboracion de los más distinguidos escritores.

PROSPECTO DEL SEGUNDO AÑO DE PUBLICACION.

En medio del fragor de las tempestades políticas que se suceden en la atmósfera de nuestra patria y del desencanto que hiela el corazón de nuestra sociedad, arrojada al cieno del positivismo y combatida por los vientos de todas las pasiones mezquinas, nosotros vamos á lanzarnos como el piloto sobre los mares en busca de otras playas más dulces y bonancibles.

Nuestro pueblo, que se ha distinguido siempre por su romanticismo y su culto fervoroso al arte y la literatura, no puede ver indiferente materializarse su vida, extinguirse su genio, derrumbarse el templo de su gloria. Los pueblos no necesitan solo de esa serie de condiciones que constituyen su existencia física, y bajo la cual quieren sofocarse todos los gérmenes del sentimiento y de la idea, sino que necesita también el desarrollo del espíritu. Cuando este no existe ó se menosprecia, parece como que falta la raíz que sostiene y el soplo que mueve toda su vida esterna de relaciones y se apaga en sus entrañas el fuego de la inspiracion que nos abre las puertas del infinito.

España, la primera nacion del mundo por el sentimiento, duerme bajo el sudario de sus recuerdos. Los que tenemos la debilidad de creer en la existencia de un mundo ideal superior á este pobre planeta nuestra morada de un día, donde reside el genio eternamente iluminado por los resplandores de Dios; los que creemos que solo en la armonía de lo ideal con lo real puede encontrarse el secreto de nuestro destino, venimos á abrirnos paso en medio de esta sociedad descreída y materializada, y á pedir un pedazo de tierra donde podamos sembrar la semilla de la inspiracion nacional.

Hé aquí el objeto de la Revista literaria que con el título de LA LIRA ESPAÑOLA venimos publicando. Débiles son nuestras fuerzas, pero la fé nos sostiene; conta-

mos con la colaboracion de los más distinguidos escritores, y no desmayamos en poder llevar á cima la obra que proyectamos.

LA REDACCION.

BASES DE LA PUBLICACION.

LA LIRA ESPAÑOLA ve la luz pública los días 10 y 25 de cada mes, tamaño cuasi folio, ocho páginas á dos columnas de elegante y clara impresion. Se publican artículos científicos y literarios, novelas, poesías, cuentos, anécdotas, revistas de teatros, artículos de bibliografía, biografías, charadas, etc.

Cada número irá adornado con su correspondiente portada de color.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion, calle de San Lorenzo, núm. 5, cuarto 2.º—En las librerías de Gaspar y Roig, Principe, 4; San Martin, Puerta del Sol, 2; Duran, Carrera de San Gerónimo, 8; Rufino Estéban, Caballero de Gracia, 8, y en el almacén de papel de Barrio, Corredera baja, 39.

PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid, trimestre. 8 reales.
Provincias, idem. 10 »
Ultramar y extranjero. 20 »

Para suscribirse fuera de España basta remitir el importe en sellos de franqueo ó letra del Giro Mútuo á nombre del administrador D. Joaquín Barredo.

NOTA. Los señores libreros de Madrid ó provincias que quieran admitir suscripciones para esta Revista, quedan autorizados para ello, abonándoseles el 20 por 100.

